

"No a la violencia", "¿Hasta cuándo el terrorismo?", "Meno dura con los atentados a sangre fría" son titulares que hemos podido leer encabezando columnas y páginas de periódicos nacionales y extranjeros. Sus autores, haciéndose eco de los frecuentes y despiadados casos de muertes producidas cobarde y violentamente de un tiempo a esta parte, condenaban enérgicamente la oleada actual de odio y violencia que se ha introducido como tumor maligno en el seno de una Humanidad como la nuestra, que se autodefine como era del progreso tecnológico, de los avances científicos y conquistas espaciales ..., logros todos ellos conseguidos por el hombre actual que colocado sobre el pedestal de una pretendida y relativa "mayoría de edad", se ha deshumanizado y paradójicamente se ha convertido en el único animal irracional que habita la Tierra.

Es curioso constatar cómo el hombre de siempre y más aún el de nuestros días siente hasta, diríamos, placer en "aplastar" de la forma más vil y sádica, la vida del otro, llegando así a ser cierta la sentencia del filósofo Hobbes "El hombre es un lobo para el hombre". Como contraste, el mismo hombre condena esta lacra que ha adquirido carta de ciudadanía en nuestro mundo.

En efecto, si lanzamos la mirada retrospectivamente a la historia de la humanidad observamos esta sangrante realidad: El hombre odia al hombre y materializa su pasión al pactar con persecuciones, guerras, opresiones, violencias en general; así sucedió en tiempo de los romanos, en el primitivo cristianismo con persecuciones por parte de emperadores como Nerón, Diocleciano ... Igual aconteció en las dos guerras mundiales y en nuestra Patria en 1936 con la llamada Cruzada de Liberación.

Pero no contento el hombre con expresar su odio de esta forma, llega incluso el mismo ser humano a rendir culto a estatuas, bustos, monumentos que colocados en plazas públicas de innumerables ciudades son imagen y recuerdo de hombres que encarnaban la violencia, el odio y la guerra. Podemos abrir cualquier libro de historia y nos saltarán muy pronto a la vista alanzas a los vencedores de batallas, a los opresores de pueblos, acompañados de fotografías ilustrativas de lo mismo con sus típicos gestos de violencia: espadas desenvainadas o lanzas en ristre, plastificándonos aún más crudamente la tendencia casi connatural del hombre a doblar la rodilla ante este "dios" llamado violencia. Que la humanidad ha rendido culto a estos personajes que nos lo digan los muy remotos Julio César o Alejandro de Macedonia; o si preferimos unos más recientes Napoleón o Adolfo Hitler.

Siendo aún poco esto, llegamos hasta el colmo de encontrar justificaciones para las guerras del hombre contra el hombre: justificaciones políticas o religiosas; imperiales, nacionales o sociales, pero, al fin, justificaciones.

Y si en ciertos períodos históricos surgen movimientos en pro de la convivencia, fraternidad, haciendo la "revolución" o la "guerra" no con armas sino con la "no-violencia", con palabras, escritos con la propia vida de hombres que luchan defendiendo al pobre, o la igualdad de derechos entre razas blanca y negra o la justicia entre campesinos de Brasil o de España, el poder los considera peligrosos y procede también violentamente contra ellos reduciéndolos a la clandestinidad, en cárceles o sancionándolos o incluso linchándolos de la forma más deseada. De ello nos pueden servir de ejemplo un Kennedy o M. Luther King. También en la actualidad Helder Cámara, Tamames o Tomás Malagón, estos dos de nuestra querida España.

Todo nos hace comprender que de este modo tarde podremos franquear la barrera que nos separa de un mundo de fraternidad, de acercamiento humano, de diálogo, de racionalidad. Nos encontramos muy lejos de conseguir un "mundo mejor" por estar también muy lejos el camino donde manda la razón y no la pasión, donde la guerra y el odio den luz verde a la paz y convivencia. El camino es difícil pero existe y debemos tener valor para marchar por él, no mañana, sino hoy, ahora. Entonces, sin darnos cuenta, nuestro mundo dejará de ser cárcel de odio y violencia, convirtiéndose en marco donde el hombre sea hermano del hombre, donde los pobres sean escuchados también y hagan valer sus derechos. Para todo ello se hace imprescindible un cambio social, una "revolución" constructiva, no destructora, consistente no en simple cambio de piezas de ajedrez sino en un cambio inspirado en una nueva moral no del odio o violencia sino del amor, fraternidad que es lo único que nos puede hacer miembros de una comunidad con iguales derechos y deberes donde se termine para siempre la tiranía del hombre sobre el hombre, del hermano sobre el hermano.